



## EL MUNDO NERUDIANO DE LAS CARACOLAS

Macarena Ruiz de Núñez<sup>1</sup>

### RESUMEN:

*El tema de esta conversación, nace de la idea de mostrar parte del mundo objetual que ha quedado como testamento de la obra de Pablo Neruda: casas, collares, algas marinas, unicornios, marinas de pintores famosos, colmillos de elefantes, brújulas, piedras curiosas, caracolas gigantes, libros antiguos, globos terráqueos son algunas de las cosas que exaltaron, cautivaron y formaron parte del mundo real nerudiano.*

### ABSTRACT:

#### *THE NERUDIAN WORLD OF CONCHES*

*The topic of this conversation emerges from the idea of showing part of the world of mementos left as a testimony of Pablo Neruda's work: houses, necklaces, seaweeds, unicorns, sea landscapes by famous painters, tusks, compasses, curious stones, huge conches, antique books, and world globes. These are some of the things that excited, captivated and became part of the real Nerudian world.*

### 1. INTRODUCCIÓN

Cuando por casualidad, supe que existía la colección de caracolas y que antes de morir, la había donado a la Universidad de Chile, para que esta institución la exhibiera y la mostrase a todos los ojos que desearan conocerla uno de esos ojos fueron los míos, los cuales, en este momento planifican la manera de concretar un espacio de exhibición y contemplación, en donde el público, en general, pueda deleitarse con ellas. La razón es que la muestra de caracolas, actualmente, por que la muestra no está exhibida, para un público masivo, como era la inquietud del poeta, sino, está pensada para investigadores o para personas instruidas en el tema.

Al respecto concordamos con Retch, teórico del patrimonio cultural, quien nos plantea que "no es suficiente la selección patrimonial para hacer de un objeto un espacio de memoria". Debe existir una verdadera apropiación colectiva, la que sólo se logra cuando se le agregan otras significaciones simbólicas provenientes de las necesidades del colectivo. Por eso, para que una muestra se transforme en un "espacio de memoria", necesita ser reconocida por las personas; ellas deben verla y contemplarla para entenderla. Ese espacio existe en la realidad, no es pura fantasía. De acuerdo con este planteamiento para recrear la obra de Neruda, debemos aprehender lo que la rodea, con sus objetos, formas, colores y texturas.

Las caracolas de Pablo Neruda forman parte de nuestro patrimonio cultural: entendiéndose que el patrimonio está compuesto por las creaciones humanas y naturales que constituyen el pasado histórico de una nación.

Constituyen las caracolas, entonces, parte del legado material que Pablo Neruda dejó a Chile. Este patrimonio no sólo posibilita establecer vínculos concretos con el pasado, con

<sup>1</sup> Ruiz de Núñez, Macarena. DUOC. Santiago. Chile.

su vida y con su obra, también, en cierto sentido, permiten moldear el presente y el futuro por medio del conocimiento y la contemplación de ellas, siendo estructuras simbólicas que perpetúan el imaginario del poeta.

Cada objeto que pertenece a nuestro patrimonio conlleva costumbres y recuerdos distintos. Es justamente, en la transmisión de lo tangible donde, según Lévy-Strauss, creador de la Antropología Cultural, las colectividades confieren una existencia física a la historia. Según esta afirmación, se puede entender que, al permitir que varias generaciones establezcan contacto físico, sensorial, afectivo y cognitivo con el “mismo pasado”, tales objetos, en este caso las caracolas, adquieran un valor de “testimonio”.

La exhibición de las caracolas de Neruda, por esos misteriosos caminos de las asociaciones y las afinidades, han remitido estas líneas a los problemas de la inmortalidad: ya que: *Uno puede quitarse la vida. Pero no puede quitarse la inmortalidad.* No cabe duda: Neruda ha muerto: mas su vida, que quedó virtualmente contenida en imágenes fue el motor que impulsó su perpetuidad.

¿Cómo concretar la clase de inmortalidad de la que se deleita este poeta?

Una colección de caracolas, hermosísimas e imperecederas; si las aproximamos a nuestros oídos, escucharemos el ruido del mar, rebotando en sus paredes como la luz en los espejos, eligiendo, según su tamaño, forma y materialidad, algunos sonidos del entorno, mezclándolos para producir el sonido del oleaje marino. Y, distintos mares brotarán de las diferentes formas y dimensiones, sutiles y oleados, fuertes y lánguidos. El mar, dotado de hermosura e inmortalidad, ajeno definitivamente al juicio de los mortales, siempre estuvo presente en la poesía de nuestro eterno-poeta, abrazando su casa en Isla Negra.

¿Qué más acompaña al poeta en su inmortalidad? Sus botellas, traídas de todas partes del cosmos, multiformes, aparentemente vacías, pero llenas de versos que no llegaron probablemente a escribirse. Quizás, si situáramos estas botellas cerca de nuestros oídos, escucharíamos la voz del poeta y su tono inocente y apesadumbrado. También, resguardan su imposibilidad de desvanecerse, los mascarones de proa, erguidos en tierra, evocando al mar; asimismo, sus casas, laberintos juguetones, llenas de puertas que no pueden no conducir, a ninguna parte. Espacio-casa que tienen como fin, congregar todos los espacios, todas las evocaciones, todas las culturas.

La inmortalidad de Neruda está profundamente ligada al amor; y, el amor, para él, está intensamente ligado al juego, que, en su caso, viene a ser su capacidad de recoger la mirada del niño que todo lo advierte por primera vez.

En su existencia, algo debe haberlo incitado a deducir que estaba destinado a la inmortalidad y, al mismo tiempo, a crear y a ordenar el tipo de eternidad que deseaba como herencia. Para la inmortalidad, los hombres, de un modo u otro, se disponen, optan, la preparan, la viven en su imaginación de manera vaticinada.

Nadie podrá borrar el testimonio silencioso pero inalterable de todo aquello que Neruda-viajero reunió durante su vida, todo aquello que llamó su atención y que se trasladó con él a su hogar.

Cada uno de estos silenciosos objetos están ahí para resguardar su eternidad, para que ésta no pueda ser embalsamada en libros escritos sobre él, para que los libros que a nos hablen de él se sean aquellos en los que plasmó su poesía, para que ninguna sabiduría alcance a borrar su vida y su obra, que es la que se ganó, a final de cuentas, la eternidad.

Esta perpetuidad no tiene relación con la inmortalidad del alma. Es una clase distinta de supervivencia, plenamente terrenal, que se refiere al perseverar en la memoria de la posteridad.

Los hombres que incorporan de alguna manera a un artista a la posteridad, deben diferenciar estos rasgos, respetar las señales que éste deja, haciendo una lectura metódica de la totalidad de su obra, no solamente la escrita, pintada, esculpida o expresada en cualquiera de los diversos lenguajes del arte, sino también, aquella que configura la complejidad en la que se manifiesta el ser humano, aquello que odió, que amó, que tomó y que desechó; sus costumbres, sus amigos, los objetos que lo hacían feliz o triste.

## 2. SUS COLECCIONES

El entorno de una persona habla mucho de ella. En el caso concreto de Neruda, acercarse a su mundo personal y visual, de objetos y lugares que lo acompañaron en su vida, ocupa un lugar primordial al momento de interpretarlo. Al indagarlo se descubre que ese mundo material es enorme, casi infinito y que en las cosas –sus cosas– quedaron impregnadas la presencia y el alma del poeta.

Coleccionar implica hacerse cargo de obsesiones personales, para reunir la mayor cantidad de objetos de una misma especie. Para Neruda, el momento de coleccionar, era, cualquier minuto, en cualquier lugar, nunca podía distraerse, porque podía perder un preciado tesoro. Por eso, sus objetos fueron recogidos en todas partes, estos han viajado tanto como él. Algunos se los regalaron en China; otros los compró en México; en París, encontró centenares; de la Unión Soviética, trajo algunos de los más valiosos. Todos ellos forman parte de su vida, de su geografía personal.

Pero para llegar a entender el sentido coleccionista de Neruda, no podemos observar solamente, de manera particular, su colección de caracolas y cerrar los ojos a todos los objetos que las acompañan. Se debe realizar un camino, a partir de sus macro-compilaciones hasta las más ínfimas.

Fue un porfiado coleccionista; y las posesiones más preciadas eran las que le permitían acercarse al mar sin abismarse en él. *“Yo soy un amateur del mar –escribió alguna vez. Desde hace años colecciono conocimientos que no me sirven de mucho porque navego sobre la tierra”*.

Tuvo larga paciencia para buscar sus objetos-tesoros, experimentó placeres indescribibles al descubrirlos y le sirvieron, gracias a la sabiduría y la belleza de cada uno, para un fin, no científico o sociológico, sino sublime. Criterios estéticos dirigieron este afán. Debían ser piezas inusuales; pero, de líneas armónicas y melódicas. Toda búsqueda tiene un propósito; y el objetivo de la búsqueda concreta y estética nerudiana, era reunir objetos, simplemente para **entretenerse solo**.

Para él, se trataba de no perder el espíritu lúdico presente en la infancia. En *Confieso que he vivido*, afirma: “*En mi casa he reunido juguetes pequeños y grandes, sin los cuales no podría vivir. El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. He edificado mi casa también como un juguete y juego en ella de la mañana a la noche*”.

Estas aficiones se manifestaron en forma de “*maskarones de proa, barcos, seres marinos, botellas, dientes de cachalote, patas de piano, libros raros y muchos otros objetos*”, adquiridos según expresa en sus Memorias: por intercambio, compra, regalo o robo.

Añade en sus Memorias: “*Son mis propios juguetes. Los he juntado a través de toda mi vida con el científico propósito de entretenerme solo. Los describiré para los niños pequeños y los de todas las edades. Tengo un barco velero dentro de una botella. Para decir la verdad tengo más de uno. Es una verdadera flota. Tienen sus nombres escritos, sus palos, sus velas, sus proas y sus anclas. Algunos vienen de lejos, de otros mares minúsculos, Uno de los más bellos me lo mandaron de España, en pago de derechos de autor de un libro, de mis Odas. En lo alto, en el palo mayor, está nuestra bandera con su solitaria y pequeña estrella*”.

Su colección de objetos está distribuida en sus tres casas-museos, que a la vez conforman, su compilación de residencias. La primera de éstas es la Chascona, la segunda, la Sebastiana: la tercera, Isla Negra.

## 2.1. SUS CASAS

Estando casado con Delia del Carril, la Hormiguita, en 1952, compró un terreno, en el barrio Bellavista colindante con el zoológico. Inició la construcción de la casa que sirvió para el amor clandestino que vivió con Matilde Urrutia, entre 1949 y 1955. Ese año se separó de la Hormiguita y se fue a vivir a La Chascona, alejamiento que recuerda en forma escueta en sus Memorias: “*Me separé definitivamente de Delia del Carril. Construí mi casa ‘La Chascona’ y me trasladé a vivir en ella con Matilde Urrutia*”.

Una característica que siempre se repite en la **arquitectura nerudiana** es que sus casas se adaptaban a las puertas y ventanas que encontraba en sus incursiones cachureras.

Sobre esta casa, Neruda escribió en el *Memorial de Isla Negra*:

“La piedra y los clavos, la tabla, la teja se unieron: he aquí levantada  
la casa chascona con agua que corre escribiendo en su idioma,  
las zarzas guardaban el sitio con su sanguinario ramaje  
hasta que la escala y sus muros supieron tu nombre  
y la flor encrespada, la vid y su alado zarcillo,  
las hojas de higuera que como estandartes de razas, remotas  
cernían sus alas oscuras sobre tu cabeza,  
el muro de azul victorioso, el ónix abstracto del suelo,  
tus ojos, mis ojos, están derramados en roca y madera  
por todos los sitios, los días febriles, la paz que construye,  
y sigue ordenada la casa con su transparencia”.

Esta casa, como otras de Neruda, está llena de recovecos y de escondites. En la Chascona, existe una puerta secreta en el comedor. Se trata de un ropero, uno de cuyos lados guarda loza inglesa, mexicana y rusa; y, el otro, es la entrada a una habitación, en el segundo piso, adonde Neruda se escapaba de sus amigos para dormir siesta, momento del día que no perdonaba.

El origen del nombre de esta casa se relaciona con la presencia de Matilde: **La medusa**, por su pelo ondulado y colorín, lo que inspiró a Neruda a llamarla la Chascona. “*En Italia te bautizaron Medusa por la escrespada y alta luz de tu cabellera y yo te llamo chascona y enmarañada mía, mi amor, conoce las puertas de tu pelo*”.

La cantidad de objetos que Neruda atesoró en ésta construcción, es simplemente gigantesca. Algunas piezas son verdaderas joyas, pero la gran mayoría son sencillos elementos, que, ahora, ostentan el valor de haber pertenecido al poeta. En un rincón del living, están las muñecas que Neruda ponía a los pies de su tina. Y cuando sus amigos le preguntaban para qué tenía esas muñecas en el baño, él decía: “*Porque me gusta bañarme rodeado de mujeres*”.

El poeta descubrió La Sebastiana cuando, en 1961, buscaba en Valparaíso “*una casita para vivir y escribir tranquilo*”. Y, agregaba, entonces, algunas condiciones: “*No puede estar muy arriba ni muy abajo. Debe ser solitaria pero no en exceso. Vecinos, ojalá invisibles. No deben verse ni escucharse. Original pero no incómoda. Alada pero firme. Ni muy grande ni muy chica. Lejos de todo pero cerca de la movilización, independiente pero con comercio cerca. Además tiene que ser barata*”. Todas esas condiciones reunía la extravagante casa construida por Collado.

La Sebastiana, ubicada en el cerro Florida, en Valparaíso, le servía para quedarse cuando realizaba sus incursiones de buscar más y más objetos. Este puerto era un buen lugar adonde encontrar las más diversas cosas, provenientes del desarme de algún barco o simplemente para adquirir materiales de construcción.

La Sebastiana fue construida en función de los objetivos y era toda una hazaña poder “encaramarse” hasta esa casa. En el primer nivel, estaba la sala de estar y el bar; luego venía el dormitorio; y, en el último piso, se encontraba el sitio donde él, preferentemente, escribía. Porque, lo cierto es que lo hacía en cualquier parte.

“La miel, bienamada, la ilustre dulzura del viaje completo,  
y aún, entre largos caminos, fundamos en Valparaíso una torre,  
por más que en tus pies encontré mis raíces perdidas  
tú y yo mantuvimos abierta la puerta del mar insepulto  
y así destinamos a la Sebastiana el deber de llamar los navíos  
y ver bajo el humo del puerto la rosa incitante,  
el camino cortado en el agua por el hombre y sus mercaderías”,

escribió en *Memorial de Isla Negra*.

Isla Negra, fue su casa de trabajo, el **refugio predilecto de Pablo Neruda**. Allí, frente al mar, vivió la mayor parte del tiempo, cuando se encontraba en el país.

En ese espacio, se encuentran, por millares, las mariposas y los escarabajos que reunió en sus 69 años de vida. Algunos pequeñísimos, otros alcanzan tamaños insospechados. Adornadas las primeras con todos los tonos imaginable; oscuros y sólidos, la mayoría de los co-

leópteros. Unas y otros son testimonio tanto de la meticulosa paciencia que podía tener, como de la veneración por la naturaleza que lo definía.

Según se cuenta, Neruda había comprado esta vieja casona a un capitán de navío español. Estaba aún a medio construir cuando el poeta se interesó en ella. Le gustó el lugar, la vista al mar, la cercanía y el insistente retumbar de las olas. Él mismo se encargó de terminar la construcción, según su estilo personal. Ciertamente, la casa de Isla Negra es un poema, un laberinto que sólo podría haber emergido de un genio como el poeta.

En sus Memorias, recuerda: *“Comencé a trabajar en mi Canto general. Para esto necesitaba un sitio de trabajo. Encontré una casa de piedra frente al océano, en un lugar desconocido para todo el mundo, llamado Isla Negra. El propietario, un viejo socialista español, capitán de navío, don Eladio Sobrino, la estaba construyendo para su familia, pero quiso vendérmela. ¿Cómo comprarla? Ofrecí el proyecto de mi libro Canto general, pero fue rechazado por la Editorial Ercilla, que, por entonces, publicaba mis obras. Con ayuda de otros editores, que pagaron directamente al propietario, pude por fin comprar en el año 1939 mi casa de trabajo en Isla Negra”*.

También comenta: *“La casa ... No sé cuando me nació.. Era a media tarde, llegamos a caballo por aquellas soledades ... Don Eladio iba delante, vadeando el estero de Córdoba que se había crecido ... Por primera vez sentí como una punzada este olor a invierno marino, mezcla de boldo y arena salada, algas y cardos...Aquí, dijo don Eladio Sobrino (navegante) y allí nos quedamos. Luego la casa fue creciendo, como la gente, como los árboles”*.

Para Neruda el mar fue, prácticamente, una obsesión que está presente en todas sus casas y sus obras. En Memorial, expresa:

“Necesito de mar porque me enseña;  
no sé si aprendo música o conciencia;  
no sé si es ola sola o ser profundo o sólo ronca voz o deslumbrante suposición de peces y navíos.  
El hecho es que hasta cuando estoy dormido de algún modo magnético circulo en la universidad del oleaje”

Muchas de sus exuberantes líneas, el poeta las dedicó al mar. Es imposible no recordar textos como éste cuando uno tiene el privilegio de asomarse a la casona de Isla Negra:

“Durante grandes años compartí mi vida con el mar. No fui navegante, sino observador intransigente de las alternativas del océano. Me apasionaron las olas en sí mismas, me aterraron y me ensimismaron los voluntariosos maremotos y marejadas del océano chileno. Me hice experto en cetáceos, en caracolas, en mareas, en zoofitos, en medusas, en peces de toda la pecería marina. Admiré la tridacna gigante, ostión devorador, y recogí en California los spondylus, góticos y nevados, o la oreja de mar que tiene todo el arco iris en su concha de nácar. Largo tiempo viví junto al mar en Ceilán, y saqué con los pescadores los elementos marinos más extraños y fosforescentes. Por último, me vine a vivir en la costa de mi patria, frente a las grandes espumas de Isla Negra. Aquí los inviernos transcurren con un espacio poblado hasta el infinito por el férreo mar y por las nubes que lo cubren”.

Ni Isla, ni Negra, a la casona ubicada en una playa de arena muy dorada frente al Pacífico Sur. Neruda la llamó así debido a las grandes y negrísimas piedras que la rodean.

Ese espectáculo no es, sin embargo, lo más deslumbrante que allí puede apreciarse, sino, los infinitos estantes que guardan las colecciones favoritas del poeta.

La casa de un poeta debiera ser sagrada, como la casa de cualquier otro hombre. La casa es la construcción de una vida. La casa es la historia. La casa es el espacio personal, es el paso del tiempo, lo que habitan los sueños. La casa es la huella que no vacila en recogerlos cada noche.

## 2.2. SUS OBJETOS

Si las casas de Neruda son lúdicas, con puertas secretas, altillos, accesos difíciles, más lúdico es aún, su afán por los objetos que, en verdad, son sus juguetes de niño grande. Son tantos que nunca acabaría de enumerar. Todos estos objetos, reunidos durante años por Neruda con el sólo propósito de jugar, ahora, forman parte del patrimonio cultural de nuestro país. Pero, los que destacan, entre todo su universo de cosas coleccionadas, son los mascarones y las caracolas.

### A) Mascarones

Los mascarones son figuras de mujeres, recuperadas de auténticas embarcaciones para que habitasen en su casa. *“Traje amadas estatuas de madera, mascarones de viejos barcos que en mi hogar encontraron asilo y descanso después de largos viajes”*, escribió. Son 15 de proa y 2 de popa, los que en su mayoría están dispuestos en el living de la casa de Isla Negra. Cada uno de ellos está perfectamente identificado y tiene su propia historia.

Relató en *Confieso que he vivido*: *“Yo tengo mascarones y mascaronas. La más pequeña y deliciosa, que muchas veces Salvador Allende me ha tratado de arrebatar, se llama María Celeste. Perteneció a un navío francés, de menor tamaño y posiblemente no navegó sino en las aguas del Sena. Es de color oscuro, tallado en encina; con tantos años y viajes se volvió morena para siempre. Es una mujer pequeña que parece volar con las señales del viento talladas en sus bellas vestiduras del Segundo Imperio. Sobre los hoyuelos de sus mejillas, los ojos de loza miran el horizonte. Y aunque parezca extraño estos ojos lloran durante el invierno, todos los años. Nadie puede explicárselo. La madera tostada tendrá tal vez alguna impregnación que recoge la humedad. Pero lo cierto es que esos ojos franceses lloran en invierno y que yo veo todos los años las preciosas lágrimas bajar por el pequeño rostro de María Celeste”*.

### B) Caracolas

En una de las salas de su casa en Isla Negra, hay instrumentos de navegación que datan de 1800. Y sólo algunas caracolas, ya que regaló una gran cantidad a la Universidad de Chile, cuando cumplió 50 años.

Conchas de las playas australes y de la Polinesia, de riberas mediterráneas, de litorales mexicanos, abiertas al rumor oceánico de todos los tiempos y expresión de la vocación marítima del poeta, impresionan por su variedad y abundancia.

### 3. LA DONACIÓN

Para él, un poeta en su primera edad, debe recoger con atención apasionada las esencias de su patria y luego debe devolverlas, reintegrarlas, donarlas; pues, su canto y su acción deben contribuir a la madurez y al crecimiento de su pueblo.

El 20 de junio de 1954, en la casa del poeta, se hizo entrega simbólica de unos 3.000 libros y de la colección de caracolas, que consta con más de 9.000 ejemplares. La donación a la Universidad de Chile, se llevó a cabo en el acto Inaugural de la Fundación Pablo Neruda, para el estudio de la Poesía. En tal ocasión, Neruda manifestó: *"Yo fui recogiendo estos libros de la cultura universal, estas caracolas de todos los océanos, y esta espuma de los siete mares la entrego a la universidad por deber de conciencia y para pagar en parte mínima lo que he recibido de mi pueblo"*. Y agrega: *"Esta universidad no nació por decreto, sino de las luchas de los hombres, y su tradición progresista, renovada por el Rector Gómez Millas, viene de las sacudidas de nuestra historia y es la estrella de nuestra bandera"*. De manera que el poeta veía a la Universidad como una creación genuinamente nacional, arraigada en el país y en su historia; por eso, la escogió para entregar, a través de ella, sus valiosas colecciones de libros y caracolas al patrimonio cultural del país. El significado de este gesto se evidencia, en uno de los últimos párrafos del discurso que el poeta dijo en aquella ocasión: *"El esplendor de estos libros, la gloria oceánica de estas caracolas, cuanto conseguí a lo largo de mi vida, a pesar de la pobreza y en el ejercicio constante del trabajo, lo entregó a la Universidad, es decir, lo doy a todos"*.

Así, la Universidad de Chile, ejerciendo su premisa de ser una institución nacional, pública y de todos los chilenos, recibe las caracolas, prometiendo cumplir, su función de "extensión", al poner en exhibición la Colección. Es decir, extender a todos, la posibilidad de conocimiento de la vida y obra de Neruda, a todo ser humano interesado en esta.

#### 3.1. LA COLECCIÓN DE LIBROS

Los premios literarios recibidos, constantes y sonantes, le ayudaron al escritor a comprar ciertos ejemplares de libros de precios extravagantes, formando una biblioteca considerable. Los antiguos libros de poesía relampagueaban en ella y su inclinación a la historia natural le permitió llenarla de grandiosos libros de botánica, iluminados a todo color, y libros de pájaros, de insectos y de peces.

A Neruda, le interesaba el soporte de los libros y el valor o rareza de la edición. Entre los ejemplares más valiosos se cuentan: un libro impreso en el mismo siglo que la invención de la imprenta, de Petrarca y una edición de *España en el Corazón* que se realizó en papel artesanal durante la Guerra Civil. Éstos se encuentran en una bóveda especial, pero en la biblioteca se guardan numerosos clásicos, por ejemplo, una obra de Góngora, publicada en el siglo XVII, la que incluso conserva sus encuadernaciones originales en pergamino.

#### 3.2. LA COLECCIÓN DE CARACOLAS

Las caracolas, resguardadas dentro de la Universidad de Chile, lugar en donde están protegidas del hombre y su olvido, se conservan como registro de lo pretérito. El espacio de



exhibición es un lugar vivo, donde las caracolas son el pasado, conservado, estudiado, exhibido e interpretado. Pero, es el presente, con toda su contingencia, problemática, puntos de vista y seres humanos, lo que, realmente, concurre a su encuentro. En este espacio de exhibición y contemplación, por ende, de comunicación, se entremezclan, la actualidad con nuestro ayer.

En *Reflexiones desde Isla Negra*, escribe:

"...lo mejor que coleccioné en mi vida fueron mis caracoles. Éstos me dieron el placer de su prodigiosa estructura: la pureza lunar de una porcelana misteriosa, agregada a la multiplicidad de formas, táctiles, góticas, funcionales.

"Miles de pequeñas puertas submarinas se abrieron a mi conocimiento desde aquel día en que don Carlos de la Torre, ilustre malacólogo de Cuba, me regaló los mejores ejemplares de su colección. Desde entonces y al azar de mis viajes, recorrí los siete mares, acechándolos y buscándolos. Pero, debo reconocer que fue el mar de París el que, entre ola y ola, me descubrió más caracoles. Todo el nácar de las oceanías había transmigrado a sus tiendas naturalistas, a sus mercados de pulgas".

De todos los seres marinos, Pablo Neruda amó especialmente las caracolas. Y, al igual que los libros, las coleccionó por montones. En sus Memorias, Neruda demuestra la incesante búsqueda y lo indescriptiblemente entusiasta que era para buscar caracolas en las diferentes partes del mundo que visitaba:

"En México me fui por las playas, me sumergí en las aguas transparentes y cálidas, y recogí maravillosas conchas marinas. Luego en Cuba y en otros sitios, así como por intercambio y compra, regalo y robo (no hay coleccionista honrado), mi tesoro marino se fue acrecentando hasta llenar habitaciones y habitaciones en mi casa.

Tuve las especies más raras de los mares de China y Filipinas, del Japón y del Báltico, caracoles antárticos y polimitas cubanas, o caracoles pintores vestidos de rojo y azafrán, azul y morado, como bailarinas del Caribe. A decir verdad, las pocas especies que me faltaron fue un caracol del Matto Grosso brasileño, que vi una vez y no pude comprar, ni viajar a la selva para recogerlo. Era totalmente verde, con una belleza de esmeralda joven.

Exageré mi caracolismo hasta visitar mares remotos. Mis amigos también comenzaron a buscar conchas marinas, a encaracolarse.

En cuanto a los que me pertenecían, cuando ya pasaron de quince mil, empezaron a ocupar todas las estanterías y a caerse de las mesas y de las sillas. Los libros de caracología o malacología, como se les llame, llenaron mi biblioteca. Un día lo agarré todo y en inmensos cajones los lleve a la Universidad de Chile, haciendo así la primera donación al alma mater."

Neruda llamaba caracolismo a su compulsión marítima. Hay una anécdota que define su afición. Si veía una caracola en un restaurante como simple ornamento, no se iba del lugar hasta que conseguía llevarla a su casa. Así era él, pertinaz. Sus amigos se contagiaron. Buscaban caracolas para él. Según Neruda, estos amigos empezaron a encaracolarse.

Hay 9.146 caracolas clasificadas en el Archivo Central de la Universidad de Chile. Algunas las rescató con sus manos, como lo narra en "Molusca gongorina", del *Canto General*; otras las compró, intercambió y robó, lo admite sin culpa.

Una a una, cogidas por quién sabe qué indiscretas manos, se han acumulado. Algunas estaban guardadas en las profundidades del Mar Índico, algunas vivían escondidas en las

playas del Mar Muerto, quizás algunas estuvieron siglos enroscándose en las piedras de Oceanía. Dentro de esta policromía del mar, encontramos especímenes de las costas de California, Nueva Caledonia, India, Japón, Angola, China, sur de Filipinas, México, Ecuador, Nueva Zelandia, Mar Ártico, Indo Pacífico, Bahamas; otras proceden de las costas de Colombia y Venezuela.

Hay conchas de ostras con perlas, algunos ejemplares tallados, una *Cassis Madagascariensis* grabada con una escena festiva. La *Tridacna*, una concha proveniente del suroeste del Pacífico es la más grande de las halladas.

Mao Tse Tung fue uno de los que alimentó su colección con una *Thatcheria Mirabilis*, un ejemplar con forma de pagoda. Neruda recuerda: “*Algunos de estos trofeos pudieron ser históricos. Recuerdo que en el Museo de Pekín abrieron la caja más sagrada de los moluscos del mar de China para regalarme el segundo de los dos únicos ejemplares de la Thatcheria Mirabilis. Y así pude guardar esa increíble obra en que el océano regaló a China el estilo de templos y pagodas que persistió en aquellas latitudes*”.

Rafael Alberti fue otro colaborador, con una *Charonia Tritonis* recogida del Indo Pacífico. El ejemplar fue firmado por el poeta español en 1939.

Buscaba, también, en las ferias de cachureos y mercados persas. Así lo recuerda: “*Y más fácil que meter las manos en las rocas de Veracruz o Baja California fue encontrar bajo el sargazo de la urbe, entre lámparas rotas y zapatos viejos, la exquisita silueta de Oliva Textil. O sorprender la lanza de cuarzo que se alarga, como un verso del mar, en la Rosellaria Fusus. Nadie me quitará el deslumbramiento de haber extraído del mar el Espondylus Róseo, ostión tachonado de espinas de coral. Y más allá, entreabrir el Espondylus Blanco, de púas nevadas como estalagmitas de una gruta gongorina*”.

No hubo vocación científica en esta recaudación marítima. Por eso se negó a pasarlas a la Estación de Biología Marina de la Universidad de Chile, en la década del 60. Las coleccionaba por su valor estético. Las instalaba en su biblioteca como complemento de sus hallazgos literarios. Colores y repliegues para observar, no para investigar. Ciento cincuenta de ellas se pueden observar en las vitrinas del Archivo Central.

El poeta tenía un concepto de la lectura amplio, en el sentido de que podía leer la naturaleza. Le interesaba tanto como leer libros. Y, dentro de esta lectura, las caracolas y todos estos organismos del mar eran como palabras, como signos en los que podía descifrar el misterio del océano, que tanto le interesaba, descifrando en estas metáforas marítimas, su misterio, la explicación de ese magnetismo marítimo que sentía Neruda. A la vez, utilizaba las caracolas como metáforas de lo femenino, ellas connotaban –para él– la sensualidad de la mujer. Todas, ahora, son huéspedes de Neruda y viven partícipes de su inmortalidad.

En 1950, publica *Canto General*, texto en que su poesía adopta una intención social, ética y política. En este libro, publica “Molusca Gongorina”, en donde describe poéticamente su afán de coleccionista:

De California traje un múrex espinoso,  
la sílice en sus púas, ataviada con humo  
su erizada apostura de rosa congelada,  
y su interior rozado de paladar ardía  
con una suave sombra de corola carnosa.

Mas tuve una cyprea cuyas manchas cayeron  
sobre su capa, ornando su terciopelo puro  
con círculos quemados de pólvora o pantera,  
y otra llevó en su lomo liso como una copa  
una rama de ríos tatuados en la luna.

Mas la línea espiral, no sostenida  
sino por aire y mar, oh  
escalera, scalaria delicada,  
oh monumento frágil de la aurora  
que un anillo con ópalo amasado  
enrolla deslizando la dulzura.

Saqué del mar, abriendo las arenas,  
la ostra erizada de coral sangriento,  
spondylus, cerrando en sus mitades  
la luz de su tesoro sumergido,  
cofre envuelto en agujas escarlatas,  
o nieve con espinas agresoras.

La oliva grácil recogí en la arena,  
húmeda caminante, pie de púrpura,  
alhaja humedecida en cuya forma  
la fruta endureció su llamarada,  
pulí el cristal su condición marina  
y ovaló la paloma su desnudo.

La caracola del tritón retuvo  
la distancia en la gruta del sonido  
y en la estructura de su cal trenzada  
sostiene el mar con pétalos, su cúpula.

Oh rostellaria, flor impenetrable  
como un signo elevado en una aguja,  
mínima catedral, lanza rosada,  
espada de la luz, pistilo de agua

Pero en la altura de la aurora asoma  
el hijo de la luz, hecho de luna,  
el argonauta que un temblor dirige,  
que un trémulo contacto de la espuma  
amasó, navegando en una ola  
con su nave espiral de jazminero.

Y entonces escondida en la marea,  
boca ondulante de la mar morada,  
sus labios de titánica violeta,  
la tridacna cerró como un castillo,  
y allí su rosa colosal devora  
las azules estirpes que la besan:  
monasterio de sal, herencia inmóvil  
que encarceló una ola endurecida.

Pero debo nombrar, tocando apenas  
oh Nautilus, tu alada dinastía,  
la redonda ecuación en que navegas  
deslizando tu nave nacarada,  
tu espiral geometría en que se funden  
reloj del mar, el nácar y la línea,  
y debo hacia las islas, en el viento,  
irme contigo, dios de la estructura.

Entonces, al analizar estas estrofas desde el punto de vista del diseño, podemos reconocer que Neruda escribe sobre la forma **espinosa** y el color rozado del **murex**.

De la *cyprea* habla de su textura visual, en la cual el fondo está decorado por manchas, "como círculos quemados de pólvora o pantera" y otra caracola "llevó en su lomo liso como una copa una rama de ríos tatuados en la luna". De la *scalaria*, acentúa su configuración espiral, como escalera, la cual se inicia en su zona superior, en el anillo de su base. Del *spondylus*, enfatiza su apariencia erizada, la cual está construida por dos partes, dos contenedores, que están envueltos por una secuencia de "agujas escarlatas" o "espinas agresoras". También insiste sobre su color de coral sangriento, de rojo nacarado. De la *oliva*, hace hincapié en su apariencia ovalada regular.

La estructura de la *tritón* es la que enaltece Neruda, estructura de cal trenzada, que, gracias a su forma, se escucha el mar en su interior. De *rostellaria*, hace énfasis en la anomalía inferior, forma puntiaguda como una "lanza rosada, espada de la luz, pistilo de agua". Del *argonauta*, resalta su colorido, similar a las tonalidades de la luna y su forma espiral. De la *tridacna* rescata su gran dimensión **titánica**, su perímetro **ondulante** y el color de "sus labios" que son violeta. Y del *nautilus*, realza la ecuación de su estructura, la manera matemática de analizar su redondez y la geometría de su **espiral**.

Por último, citaremos un pasaje de *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, ya que allí se narra el fin terrenal de la existencia de Pablo Neruda:

“El poeta agonizó en su casa junto al mar. Estaba enfermo y los acontecimientos de los últimos tiempos agotaron su deseo de seguir viviendo. La tropa allanó la casa, dieron vueltas sus colecciones de caracoles, sus conchas, sus mariposas, sus botellas y sus mascarones de proa rescatados de tantos mares, sus libros, sus cuadros, sus versos inconclusos, buscando armas subversivas y comunistas escondidas, hasta que su viejo corazón de bardo empezó a trastabillar. Lo llevaron a la capital. Murió cuatro días después y las últimas palabras del hombre que le cantó a la vida, fueron ¡los van a fusilar!, ¡los van a fusilar! Ninguno de sus amigos pudo acercarse a la hora de la muerte, porque estaban fuera de la ley, prófugos, exiliados o muertos. Su casa azul del cerro estaba medio en ruinas, el piso quemado y los vidrios rotos, no se sabía si era obra de los militares, como decían los vecinos, o de los vecinos, como decían los militares. Allí lo velaron unos pocos que se atrevieron a llegar y periodistas de todas partes del mundo que acudieron a cubrir la noticia de su entierro”.